

JOAQUÍN LUNA

Cuando te dejan

Costumbrismo para descreídos



JOAQUÍN LUNA
CUANDO TE DEJAN
Costumbrismo para descreídos

© Joaquín Luna, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

A excepción del Prefacio, todos los textos fueron publicados previamente en
La Vanguardia entre los años 2013 y 2022

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-9998-945-7

Depósito legal: B. 19.574-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

MENUDAS CENAS (LAS DE EMPRESA)

¿Cómo se explica que un grupo de personas que se tienen muy vistas decidan libremente cenar en un restaurante que sólo le gusta a quien lo elige y después se impongan una noche de juerga que, en el mejor y más remoto de los casos, acaba en una infidelidad? He aquí uno de los grandes misterios de la civilización contemporánea: las cenas de empresa.

Como en toda fechoría, se necesita una coartada, y qué mejor coartada para la confraternización laboral que la Navidad. Convocada la fecha, los asistentes solicitan dispensa a sus parejas con aire apesadumbrado aunque no deja de ser una conquista social: el derecho de todo hombre o mujer emparejado a bailar *Don Diablo*, por ejemplo, sin que nadie le recuerde que no le gusta bailar. Porque, a pesar de las experiencias, los asistentes siempre aspiran a algo cuando se acerca la fecha de la cena. Hay una luz interior, oscura, que les lleva a creer que, al fin, habrá alguna sorpresa.

La primera sorpresa atañe a la vestimenta. Hay una tendencia irrefrenable a dar una imagen distinta a la que, día tras día, se ofrece en el trabajo. Se trata de engañar a los demás y de engañarse a uno mismo. Tiene mérito. Aquí se producen los primeros estragos de la noche. Los más esperados. Desafiando al invierno, alguna compañera se presenta con minifalda, blusa negra transparente o un sujetador granate, por ejemplo. Desafiando a la estación... y, sobre todo, al criterio de las demás compañeras, propensas a imponer un toque de queda moral cuya infracción acarrea sambenito y muchas habladurías el resto del año (la gente, claro, se lo piensa).

La segunda sorpresa es el entusiasmo de algunos varones por bailar compulsivamente: estoy casado y tengo cara de casado, la barriga me asoma y cuento chistes verdes, pero soy, en realidad, un hombre divertido que ama la vida y ama el amor. Lo que Julio Iglesias llamaría un truhan.

La tercera sorpresa son las deserciones prematuras. Y sospechosas. Nadie sabrá nunca qué hizo X entre la hora de su adiós y el momento en que abrió la puerta de su casa, memorizando la coartada: «Cada año el mismo rollo. No sé por qué hacemos la cena de empresa». Suele enriquecer la narración con toques de buen samaritano, como por ejemplo un recorrido de punta a punta del área metropolitana de Barcelona para depositar frente a su domicilio a los compañeros ebrios.

Los noctámbulos se hacen los ofendidos con estas hordas que allanan su intimidad. Donde estén los episodios espontáneos... como las dos amigas —estupendas— que pararon el coche frente al Giardinetto el jueves. La pasajera avisó a Ángel, un gran *maitre*: «Dile a mi marido que me he dejado las llaves de casa». Hizo una pausa prudente antes de salir del auto y entró. Se llevó escoltado al marido. Las llaves de casa... Y el hombre no estaba en ninguna cena de empresa.

HAY UN GATO EN LA CAMA Y NO ES MÍO

Los gatos tienen buena prensa, un poema elogioso de Baudelaire y un callejón dedicado en París. Los más privilegiados conviven con mujeres interesantes a cuyos pisos suben, de tanto en tanto, amantes furtivos a los que nadie avisó de que arriba les esperaba un gato con inmunidad diplomática y derecho a la libre circulación.

No hay terreno minado más peligroso en periodismo que el de los animales domésticos. Uno puede sugerir que los palestinos siempre toman las decisiones equivocadas —bonita manera de llamarles torpes—, que el alcalde de tu ciudad es tonto o que detrás de cada gran fichaje hay una comisión, pero nada ofenderá tanto como faltar el respeto a los animales domésticos. ¿Es mucho pedir una tercera vía entre la dueña del gato que juega en casa, los derechos del animal —por cierto, ¿cuándo narices duermen?— y el tipo que en una noche singular es invitado a un piso del que lo desconoce todo? Porque el momento de subir al hogar de alguien con fines sexua-

les tiene su miga. Hay pisos acogedores y pisos donde uno se siente un intruso. A veces, basta con un vistazo a la librería para entender que el amor —y algunos órganos— es ciego. No obstante, la decoración y aun el orden pueden quedar en un segundo plano. Al fin y al cabo, somos unos invitados fugaces. Lo que no deja indiferente son los movimientos de un ser vivo tan desconcertante —salvo para el dueño— como un gato. Los perros tienden al orden y a situarse en unos espacios que les dan un aire tolerante. Algo así como un «usted y yo vamos a entendernos». El gato, en cambio, transmite indisciplina y anarquía. Como el amante furtivo. Y no rehúye el enfrentamiento: o tú o yo. Porque no hay animal doméstico más propenso a aparecer y desaparecer de un dormitorio como un gato. Observa, está ahí, sube y baja de la cama con sigilo, como si fuera arte y parte. No hay forma de pactar o comprarle con halagos (a diferencia de los perros). Has entrado extranjero y extranjero te irás por donde has venido.

Nadie te avisa: sube a mi casa, tengo un gato que no molesta, es muy sociable y además haréis buenas migas porque es noctívago como tú. Y lo dan por hecho, sin siquiera una pregunta de cortesía sobre vuestra compatibilidad (también es cierto que el amante furtivo pregunta poco sobre estos detalles no sea que las cosas se tuerzan. Y si alguien tuviera la gentileza de informar de que en su casa vive un gato y manda mucho serías capaz de recitarle el poema de Baudelaire y jurar que su sueño infantil era tener un gato). La realidad asoma y se impone. Entre un gato que ejerce y un amante furtivo, siempre termina por imponerse el gato. El amante desaparece, desazonado y confuso, aún ridículo, en busca de un taxi en la madrugada y el gato se queda allí, en el dormitorio, victorioso, con las pupilas fulgurantes y el orgullo íntimo de ser el único dueño y señor del escenario.

POSMACHISTA, CASPOSO Y CHULETA

Que la frase y el destacado fueron un desacierto lo supe al llegar el lunes a la redacción y escuchar a algunas compañeras —Eli, Gemma, Teresa o Mar— que algo me conocen y diría que me aprecian. Yo también a ellas. Asimismo, un lector se había quejado por ese «articulista casposo» (o sea, yo). El tercer frente, en cambio, abanderado por un alto cargo del gobierno de Rodríguez Zapatero, me resulta insufrible: la igualdad de géneros no da derecho a erigirse en tribunal del Santo Oficio o poner en duda, a lo senador McCarthy, la capacitación profesional de los «sospechosos».

Los chinos dicen que un error que no se rectifica es un segundo error. Torpemente, defendí que un ganador del gordo lo que debía era pulirse el premio «en mujeres y viajes» y no malviviendo de los intereses. Trataba de ser un desagravio de las cigarras, hijas de ejemplares hormigas. Las compañeras observaron —y les asiste la razón— que quienes no me conocieran —o sea, todo el mundo— podían ver una exalta-

ción de la prostitución o de la mujer como objeto... Lo último, como hacerse rentista, que uno tenía en mente para el dichoso gordo, pero pido disculpas: la frasecita es equívoca y suena denigrante.

A partir del destacado de la columna, Miguel Lorente, ex-delegado del Gobierno para la Violencia de Género en el Ministerio de Igualdad (uno de los más efímeros en la historia de la administración española), y los seguidores de su blog me tachan de «posmachista», «chulo» y —he aquí lo relevante— ponen en duda mi capacidad para ejercer de redactor jefe de Internacional o (ex) profesor universitario (un *currículum* muy normalito, pero sin esos edulcorantes que tanto se gastan).

No les daría la tabarra sobre un asunto menor —las críticas a un artículo— si no viera tics que trascienden el episodio: la tendencia irrefrenable de los sectores progresistas a erigirse en guardianes de la moral, a dar y vender certificados de buena conducta —un *modus vivendi*, por cierto— y a creerse superiores. Manejan una arrogancia a un tuit de distancia de imputar a los señalados el asesinato de una mujer a manos de un hombre. No *fotem*. Y se merecen la memorable frase de la campaña presidencial de Francia del 74 con la que Giscard noqueó en el debate televisado a Mitterrand: «Lo que me sorprende es que se arrogue usted el monopolio de la bondad (o el buen corazón). Usted no tiene el monopolio de la bondad». Nadie lo tiene.

Por desgracia, las buenas palabras no evitan asesinatos. Ni las desacertadas los causan. Aún recuerdo la cara del muy progre público del Palau, en el 2008, cuando Joan Baez nos regaló un bis marca de la casa, *El preso número 9*, cuya letra dice: «Los maté, sí señor, y si vuelvo a nacer, yo los vuelvo a matar» (en alusión a la esposa y a un «amigo desleal»). Queridísimos verdugos: ¿procesamos a Baez? ¿Prohibimos la canción?

HOMS, NO ME GUSTAN LOS «CALÇOTS»

Si no fuera por emociones como el Virolai, el día de Sant Jordi y la noche de Sant Joan, en domingos como el de ayer me sentiría un catalán indigno.

Después de haber improvisado un almuerzo casero de la nada (arroz a la cubana sin plátano frito, no tenía el día para fusiones) y de reafirmarme en que cada vez que habla el *conseller* Homs en un Telenotícies mi catalanismo se destrempa, detecto que... ¡es tiempo de *calçots*! La noticia nunca pasa desapercibida porque ya antes de dar paso a Valls, los presentadores salivan y su voz denota un «¡quién estuviera en Valls!». Y ahí no terminó la cosa: una japonesa, nada menos, elogiaba la ceremonia gastronómica de Valls y le daba un envidiable aval internacional, por si algún catalán como yo guarda reservas.

Las palabras de la japonesa en Valls despertaron dudas e inquietudes. ¿Por qué un tipo capaz de despachar la comida de un domingo con un arroz a la cubana observa con remilgos

una *calçotada* y no siente el más mínimo deseo de estar allí, codo con codo, en una mesa popular o guardando cola? (Lo aclaro para que ningún lector pueda pensar: ya estamos con los pijos de Barcelona). El asunto exige autoanálisis. Intuyo que hay que madrugar y coger el coche (empezamos mal). Después, ponerse un babero y, supongo, tener cuenta en Facebook para colgar las fotos (y que tengan gracia y salga sonriendo, a ser posible con una acompañante que alce el *calçot* y yo abra la boca, los dos con cara de picardía y no de perro). Luego, y esto lo imagino, toca beber con porrón, y se me da fatal: no le veo la ventaja, y además me mancho (y no por milímetros, dadme un porrón y desearéis no haber nacido para verlo). *Last but not least*, ¿esto del *calçot* pringoso es mejor que un espárrago de Tudela, que se deja comer tan educadamente los domingos que no me pongo chulo e improviso un arroz a la cubana?

En cuanto a las inquietudes, sé cómo las gastan en la Unesco. Las he visto de todos los colores: desde la presentación de un lujoso libro de poemas de don Federico Mayor Zaragoza, arropado por una corte de funcionarias embelesadas, a una cena benéfica —creo que de gala— con modelos y todo, aunque lo que recuerdo en mi mesa es que después de cenar pse pse dejaron un sobre y a ver quién era el guapo que no contribuía espléndidamente (era una gran causa, no lo dudo, y el único guapo con cara de tonto de la mesa fui yo).

Si alguien toma cartas en el asunto y se lo propone, la *calçotada* puede terminar siendo patrimonio de la humanidad. Y hermanarse, por ejemplo, con el kimchi coreano, que tiene su gracia y las penas espanta. Una vez al año, todos los niños y niñas de Catalunya irían de excursión a Valls y su comarca para aprender esta ceremonia tan nuestra y pobre del gracioso que se le ocurriera ahogar a un compañero con un simpático *calçot*.